

## Un 'giro' de libro

“El mundo es un libro y aquellos que no viajan, tan sólo leen una página” decía San Agustín. Y es que leer es una forma de vivir otras vidas, de conocer otros mundos, de salir, durante algún tiempo, del día a día, es soñar, es viajar, es volar. Hay libros que te descubren lugares nuevos y aunque con la imaginación uno puede 'viajar' hasta ellos, no hay nada como ver insitu lo descrito en infinidad de líneas. Y así fue mi viaje por Roma en tres días: 'un viaje de libro'.

Pasear por las calles de la Ciudad Eterna, es como visitar un museo al aire libre que conserva monumentos, ruinas, museos, obras de arte, iglesias, catacumbas... Un museo que te permite a la vez viajar en el tiempo, avanzando desde el siglo I hasta la modernidad.

Así, retrocediendo miles de años, arranqué el 'giro' por Roma como protagonista de los libros de Julio César o Cicerón, visitando el esplendor y la decadencia del Imperio Romano.



Y no podía ser en otro escenario que en el Coliseo Romano. Emblemático lugar que no son simples piedras o unas ruinas, es mucho más. Es el poderío de una ciudad; todo lo que fue. Una magnífica edificación en la que se llevaron a cabo todo tipo de espectáculos a través del tiempo, tales como batallas navales, recreación de batallas famosas o dramas basados en la clásica

mitología romana. Bajo un sol de justicia, como el soportado por los gladiadores en las *munera* o los esclavos en los *noxii*, la historia se adueña de uno, y recorriendo el Coliseo se siente el emperador con el pulgar hacia arriba o escondido o por qué no un gladiador, como en la famosa película, esperando la sentencia y los vítores de los asistentes.

Tras un breve descanso en el Arco de Constantino, desde la Colina Palatina, la más famosa de las siete colinas de Roma, era el momento de admirar desde allí las vistas del Circo Máximo de Nerón, donde se realizaban las carreras de cuadrigas y del Foro Romano, centro neurálgico para el desarrollo de la ciudad. El Templo de Rómulo, el Templo de Castor y Polux, el Templo de Saturno y el de Vesta, el Templo de Venus y Roma, el Templo de Vespasiano y Tito, el Templo de Antonino y Faustina, el Templo de la Concordia, la Basílica Emilia y la Julia, hacen que uno cambie el sueño y el disfraz y abandone el mundo terrenal para convertirse en un Dios.

El segundo de mis días en Roma fue como el libro *Ángeles y Demonios*, de Dan Brown. La visita tiene lugar en el centro histórico de Roma, descubriendo algunas obras maestras del arte y la arquitectura. Así, comenzaba la jornada en la Ciudad del Vaticano. Varias horas contemplando la mayor colección de arte del mundo en los Museos Vaticanos, espléndidamente decorados y repletos de obras maestras, rebosantes de tesoros e historia. Casi nueve millas de pasillos hasta llegar a lo más esperado: la Capilla Sixtina.



Llegado este momento, el mundo se para. Es tal la grandiosidad de la obra de Miguel Ángel, que no hay palabras para describir el momento. Se trata de una obra impresionante, y ya no por sus dimensiones, que ya de por sí impresionan, sino por su belleza y su realismo. Desde luego, al entrar en el recinto de la Capilla Sixtina, la sensación que

tiene uno, es la de encontrarse en una postal hecha, eso sí, a mano. La sensación que da el conjunto es de perfecta armonía y equilibrio, y los colores, vivos y luminosos, acentúan esta percepción.

Una vez asimilada tanta belleza en los Museos Vaticanos, siguió el descubrimiento de otra de las obras maestras de Miguel Ángel en la Basílica de San Pedro: La Piedad, no sin antes, subir los más de 320 escalones hasta llegar a la cúpula de la basílica y desde ahí tener las mejores vistas de la ciudad.

De nuevo con los pies en la tierra, y para concluir la jornada en la Ciudad del Vaticano, era el turno de admirar la Plaza de San Pedro y comprobar, in situ, el efecto óptico que el genio Bernini consiguió crear. No obstante, no era tarea difícil, y colocándome en la indicación de mármol y granito con la inscripción 'Centro del Colonnato' pude contemplar, cómo por arte de magia las tres filas de columnas que rodean la plaza se hacían una.

Abandonando el Vaticano, pero no el libro que ambientaba este segundo día, pasé de sentirme como el Carmarleno, a coger el papel de Robert Langdon o Vittoria Vetra en su carrera contra el tiempo para encontrar la Iglesia de la Iluminación. Así, era el tiempo ahora de pasear por la Piazza del Popolo, ver la Iglesia de Santa María del Pópolo, la Iglesia de Santa María de la Victoria, el Panteón o la Plaza Navona, con su Fuente de los Cuatro Ríos, incluida como uno de los altares de la ciencia.

El tercero de los días tenía como guión los libros del italiano Federico Moccia. Sería un día más tranquilo y cargado de romanticismo. Debía comenzar el día de manera 'patriótica', y en la Piazza de Spagana uno se sentía como en casa. En ella, la vista se detiene en la escalinata, repleta de gente sentada en las escaleras y que conduce subiendo los 135 peldaños a la Iglesia de la Santísima Trinità dei Monti. A sus pies, está la

Fontana de la Barcaccia, célebre escultura, obra de Pietro Bernini, que debe su nombre a su parecido con un barco naufragado.



Y de una fuente a otra. Tocaba llegar hasta la Fontana di Trevi, la mayor de la ciudad, que representa el carro de Neptuno tirado por dos caballos, uno dócil y otro salvaje, que simbolizan los humores del mar. Además, tiene la peculiaridad de que el agua procede de un acueducto

subterráneo. Por otro lado, inolvidable la escena de *Dolce Vita* en la que Anita Ekberg se zambulle en sus aguas invitando a Marcello Mastroianni a hacer lo mismo. Una de las fuentes más famosas del mundo, además de por escenas como la descrita, por su tradición. Y es que, si se quiere volver a Roma, hay que lanzar una moneda por encima del hombro, aunque son otras las cosas que se dicen, y directamente, mucha gente se dedica a pedir deseos con sus monedas. Efectivamente, no podía dejar de lado tal tradición, así que a buen seguro, volveré a la Ciudad Eterna algún otro día.

De esta plaza, parte la *Via Condotti*, sin lugar a dudas la calle donde están las tiendas más caras de toda Roma. Era el momento entonces de las compras y los regalos, pero no precisamente en esa calle.

Como en los libros de Moccia, los pies hacen la conocida desde hace unos años como la Ruta Moccia. Comer en el restaurante Siciliainboca, o tomar un helado en Alaska, o alguna otra heladería popular, convierten a uno en Niki o Babi, las chicas protagonistas de los libros de moda. Sin embargo, ese personaje no pudo completar su actuación en el Puente Milvio, popular e imitado por sus 'candados del amor', pero como gracias a mi moneda en la Fontana di Trevi volveré a Roma, ahí será el momento de poner ese candado del amor y por qué no, de ser la protagonista de otro libro.

